

Otros de los jefes guerrilleros notables fueron Villagranes que desolaron, en sus terribles correrías, los campos que se extienden en torno de San Juan Río, por los territorios que hoy forman parte de los Estados de Hidalgo, Querétaro y México.

Estos Villagranes, de funesta memoria, lo mismo que una infinidad de aventureros que pulularon por Michoacán y Nueva Galicia, ejercieron á la sombra del escudo de Marte libertador, el más atroz bandidaje, robando en todas partes, dejando huellas de sangre y fuego en las poblaciones, desprestigiando la causa que proclamaban... Esos miserables que surgen siempre en las grandes revoluciones, no logran, no obstante, alcanzar la gloria de los verdaderos caudillos.

Era imposible por entonces saber quiénes se levantaron por el pillaje y quiénes por la patria... Muchos de ellos fueron, al menos, utilizados como un arma cualquiera en la urgencia y angustia de las situaciones difíciles, sin que por eso desconocieran los jefes insurgentes a aquellos hombres de salvaje valor y truhanesca astucia, no eran sino instrumentos de combate que, al fin, ó temprano, habrían de ser aniquilados.



X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS

1810-1811



D. José María Morelos,
Cura de Carácuaro, Generalísimo encargado del poder ejecutivo
con el uniforme de Capitán General
con que hizo en Oajaca la jura de la Junta de Zitácuaro.

X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS.
1810-1811

José María Morelos está ya consagrado por la Historia como el genio militar de la guerra de Independencia.

Aparte de sus maravillosas cualidades cívicas, de alto patriotismo, de grandeza de alma, profunda virtud y acrisolada honradez, bondad ingénita, templanza y excelsos ideales, este hombre extraordinario es todo un gran general, que deja estupefactos á los viejos jefes españoles, con su estrategia desconcertante y su táctica arrolladora.

Morelos es la gloria más pura y más excelsa de nuestra patria, como caudillo de la Independencia, y es el capitán maestro, sabio y audaz, que, rompiendo las antiguas rutinas tácticas de sus enemigos, con su pequeño improvisado ejército, maniobra con una notabilidad y un acierto tal, apareciendo aquí frente á una columna para engañarla y caer por milagro á su retaguardia, dividiéndose, multiplicándose, acome-

tiendo sobre el punto vulnerable del adversario, al que logra desesperar abrumándole con sus vertiginosas combinaciones.

Sólo durante los tempestuosos períodos de sus gloriantas revoluciones, se admiran hombres como este caudillo, que poco antes de que estallara la insurrección apenas sabía leer y sólo tenía vagas nociones de instrucción general. Sin embargo, escucha el grito de libertad, fulminado por Hidalgo, su maestro, con quien ha hablado sin duda, cuando aquél fué Rector del colegio de San Nicolás en Valladolid; y corre á ponerse bajo sus banderas.

El iniciador de la Independencia lo recibe cuando marcha triunfal hacia la capital del Virreinato y, comprendiendo al instante todo el valor de Morelos, hace General y le apoya el proyecto de marchar hacia el Sur para levantar los pueblos de las montañas, apoderarse de Acapulco, puerto del Pacífico de la máxima vital importancia para la causa libertadora.

Debió adivinar, al punto, Hidalgo el genio de Morelos, cuando le encomendaba semejante empresa, darle ni el más pequeño recurso militar.

Desde este instante se abre la etapa de luminosa gloria que corona la vida del cura de Carácuaro; desde este momento principia la extraordinaria epopeya que constituyen como cantos inmortales las campañas de improvisado jefe, que, armado tan sólo con un nombre, casi verbal, sin un hombre, sin una espada, sin un centavo, va á hacer retremblar las agrias sierras del Sur con el trueno de sus cañones, que llevarán el nombre á las columnas realistas y que, repetidos en los ecos de montaña en montaña hasta el solitario Ajusco, hará vacilar en su trono al virrey Venegas!

Morelos, después de larga entrevista con Hidalgo en el pueblo de Indaparapeo, vuelve á su curato de Carácuaro situado al Sur del que hoy es Estado de Michoacán, levantando en el camino su voz en pro de la causa de la dignidad nacional, hablando con sus amigos los rancheros, haciendo la cruzada de la libertad.

Vendiendo lo poco que posee, pidiendo prestado por aquí, regalado por allá, decomisando lo que puede de los españoles de las cercanías, logra poner sobre las armas una pequeña pero sólida y brava guerrilla.

Sus primeros veinticinco hombres, escogidos entre los más audaces y decididos campesinos, gente ágil, fuerte, dispuesta á todo y que adoraba á Morelos, le juran morir antes que abandonarlo.

Desde luego descuella en talento organizador, tan necesario en todo jefe, y muy particularmente cuando no se opera en tropas regulares, sino que hay que ir improvisando fuerza, al desechar el pernicioso método de Hidalgo, quien aceptaba en sus gentes á cuantos querían, con armas ó sin ellas, débiles ó fuertes, valientes ó cobardes. Él, por el contrario, vió que ese sistema era fatal, pues aumentaba las cargas, los estorbos y las bocas inútiles. Las chusmas desarmadas de Hidalgo ocasionaron en los combates más desastres que las balas realistas... Aquéllas llevaban el pánico á la hora de la retirada, que se convertía en derrota, y todo se perdía; y si se obtenía el triunfo, todo el botín era arrebatado por aquella plebe desorganizada, sin jefes, sin dirección, ni conciencia.

Morelos seleccionó cautelosamente, para no cargarse de un personal que excediera á su armamento y recursos.

Quiso ante todo que el núcleo veterano de sus

futuras tropas estuviese, en lo posible, instruido y disciplinado para ejemplo de los que se le fueran agregando... Así que, con pequeña pero sólida y ágil partida, dotada de la suficiente elasticidad para huir de cuerpo á pesadas masas perseguidoras, unos cuantos caballos y escaso parque, sale Morelos de Carácuar decidido á excursionar en el Sur, pasando el río de las Balsas, después de obtener aumento de recursos en el pueblo de Churumuco.

Se internó luego en los montes de Yanhuítlan, donde fué aumentando paulatinamente su guerrilla, y procediendo como cualquier veterano jefe, destacó hacia la próxima costa del Pacífico, hombres de su confianza como espías y exploradores al propio tiempo que emisarios. Reconocido el terreno avanzó resueltamente hacia el S. E. rumbo á Zacatula, donde entró sin resistencia aumentando sus elementos y armas, más de cuenta hombres. Continúa su marcha, amagando Acapulco, siguiendo las asperezas de la costa, y llega á Petatitlan donde su fuerza alcanza ya á doscientos hombres regularmente armados. Hasta entonces, en tiroteos aislados, entre el monte, en reconocimientos y caza, había sido gastada la pólvora.

Mas ya se acercaba á Tecpan, población de poca importancia, y el comandante de Acapulco sabiendo la marcha amenazadora de Morelos y había mandado al jefe realista José Antonio Fuentes, con trescientos hombres de la guarnición, á detenerlo y acabar con su partida. El realista fortifica el paso del río que corre cerca de la población; Morelos reconoce el terreno y carga en dos columnas, una frente á frente y otra flanqueando á Fuentes, quien después de breve resistencia se retira en fuga.... Durante el paso del río, Morelos

excitaba á los soldados momentáneamente enemigos, á volverse á su bando *que es el de la patria, el de la Independencia de los americanos*. Muchos de ellos, durante la fuga, retrocedieron y se presentaron al vencedor con sus armas y las que habían arrojado sus compañeros.

Puede considerarse éste el primer triunfo de Morelos, pues se hizo de armas enemigas, municiones, equipo y gente instruida en ejercicios militares, amén de que tuvo conocimiento exacto de la situación de Acapulco.

Pero el suceso más feliz durante esta atrevida marcha, ejecutada por un carácter perseverante y audaz, fué la adquisición del valiente suriano Hermenegildo Galeana, propietario de la hacienda de San José, lo mismo que sus hermanos Juan y Fermín, quienes se pronunciaron inmediatamente por la nueva idea libertadora manifestando el mayor patriotismo y desinterés.

En su hacienda acampa el caudillo á principios de Noviembre de 1810 y aumenta sus pertrechos de guerra, con caballos, setecientos hombres y hasta artillería, — tres cañones; había también en la finca un pequeño y sólido cañón que se llamó « el Niño » que servía en las fiestas religiosas para arrojar los llamados *cohetes de cámaras*; ese cañoncito iba á beber muy pronto mucha sangre realista! ¡Era el más pequeño pero el más sólido y certero!

Morelos ocupa Tecpan, fortificándose al punto, expidiendo proclamas al pueblo y engrosando más y más su ejército, armamento y equipo, hasta contar con dos mil hombres listos para entrar en combate.

Combina y madura el plan de asedio de Acapulco! Ordenó que uno de sus tenientes, Valdovinos, se apoderara del cerro del Veladero, altura que domina á lo lejos el puerto y que es de gran importancia por

poderse ligar con otros puntos que lo rodean forman un valle denominado « La Sabana ». Setecientos insurgentes atacaron á los cuatrocientos realistas que hallaban al pie del cerro, salidos de Acapulco, y la corta refriega, aquél quedó por los primeros.

La victoria dominante exaltó á los independentes, los que Morelos fraccionó en los puntos de las Cruces, el Marqués, San Marcos, y Aguacatillo, cerrando á la ciudad toda comunicación, por tierra, con el resto del entonces extenso reino de Nueva España. ¡Nadie hubiera creído semejante audacia en un desconocido cura, los jefes realistas, en su orgullo secular!

El caudillo dentro del vasto campamento realiza portentosa actividad; cuida de las obras de defensa que emplea millares de indios y peones, inventa fosos y trincheras, trampas y engaños que se destruyen rápidamente; instruye y ejercita á sus tropas vistiéndolas con manta ó paño que toma en los caminos á las recuas; perfecciona el armamento existente improvisa otro, acumula provisiones de boca y guerra reponiendo las que se agotan día á día; redacta proclamas á pueblos lejanos, escribe á los hacendados mexicanos ó á los mayordomos y empleados de españoles, conjurándolos á reunirse con gente y armas, municiones, dinero y cuanto elemento puede obtener por todos los medios posibles... En fin, realiza un formidable trabajo de organización política, administrativa y particular militar, ejecuta, en tanto que sus fuerzas rechazan las acometidas de los realistas la guarnición ó del exterior, al mando de los jefes amigos Fuentes, Cosío, Recocho y otros, librando constantes combates.

Tiempo era ya de que estuviese listo para una

más decisiva contra aquéllos, pues el comandante Paris avanzaba hacia su campo con mil quinientos hombres de la Brigada de Oaxaca á la que se le unen los que manda Sánchez Pareja, vencedor de guerrillas en Michoacán, así como otros capitanes vencidos en el primer combate del Veladero.

El 8 de Diciembre, Paris atacó el campo atrincherado de la Sabana y, tras una lucha de un día, se retira.

Vuelve luego, cinco días después, á la carga, disponiendo sus dos mil hombres en tres columnas, protegidas en las alas y á retaguardia por caballería y cien hombres de Acapulco, y llevando á su frente dos cañones, que preparan el asalto para abrir brecha. Con todo brío avanzan sus tropas sobre el Veladero; van trepando por las escabrosidades y obstáculos, y cuando están á tiro de *El Niño*, vacilan, pues el mismo Morelos lo maneja con siniestra precisión desde lo alto del punto... No obstante, toman el aire de la carga los asaltantes, cayendo en las *trampas* y sufriendo espantosa lluvia de piedras de honda, — muchas mortales ó que imposibilitan por el momento.

— Luego truena la fusilería... los caballos de los dragones desamparan las columnas, por los cohétes de gancho que les arrojan los indios... Los realistas caen á los fosos... gritan vivas y muera terribles los insurgentes... Truena la voz de Morelos desde lejos, animando á seguir el fuego sin desperdiciar un tiro ó dando órdenes á los puestos lejanos... Hay admirable precisión en la defensa... y el comandante Paris, comprendiendo que es inútil proseguir á fondo el ataque, se retira en buen orden hacia Tres Palos donde acampa, fortificándose, dejando muchos cadáveres y prisioneros.

Semejante triunfo en Morelos, dejó consternados a sus enemigos y le valió nuevas simpatías y adhesiones en el Sur.

Sin embargo, su situación en el Veladero era crítica pues se encontraba sitiado por las fuerzas de la guarnición de Acapulco y por las del comandante Real que espera refuerzos nuevos de Michoacán, Oaxaca y Costa, cortándole mientras tanto sus comunicaciones.

Para salir de aquel cerco de hierro, Morelos acude a miles de astucias, haciendo espiar el campo realista que tuvo exacta descripción; y una noche, con sigilo, se aproximó á él, cayendo de súbito sobre las centinelas y avanzadas, y luego, cargando sobre las tropas que dormían, consumó la sorpresa... Hubo un desorden espantoso, y el jefe adversario, que también dormía entre las sombras, huyó con unos cuantos fieles, abandonando el campamento.

Tan audaz y afortunado golpe de mano dió á Morelos ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, treinta cañones, veinticinco cajones de parque, centenares de cargas con provisiones, equipo y algunos caballos amén del prestigio que aumentó el entusiasmo por el genio militar.

Con semejantes refuerzos y otros que fué reuniendo en aquellos días; y por otra parte, urgido por la aproximación de fuerzas más competentes, trató de apoderarse de Acapulco á la mayor brevedad, tomando el Castillo.

En esta empresa le cegó su buena estrella y todo la facilidad relativa de sus primeros triunfos; era preciso que un desastre le enseñara á ser más cauto y á contener sus impetus!...

Habiendo ligádose en tratos con un español

del castillo, — un tal Gago — se convino en que éste, — que estaria de guardia durante la noche del 8 de Febrero, — prepararia todo lo conducente á hacerle entrar con sus fuerzas, inutilizando de antemano la pólvora y parque realista, advirtiéndole con una señal en lo alto de la fortaleza, de que *era la hora*.

Morelos hace sus preparativos; forma sus tropas á las que advierte que van á entrar como en su casa; y avanza con ellas hacia el cerro de la Iguana, envuelto en las sombras... todo parece que va bien cuando no encuentra avanzadas ni centinelas que den la *alarma*... pasan por entre estrecho encajonamiento de lomas y se acercan hacia la bahía, frente al castillo silencioso irguiéndose en lo alto de la eminencia. Allí esperan. Momentos después brilla en un baluarte del sombrío edificio una llamarada rojiza: ¡ es la señal!.. En orden marchan los insurgentes, ya con toda confianza, hacia la posición que continúa sumergida en las tinieblas y en el más profundo silencio... cuando, de súbito, toda la noche se ilumina como por un relámpago inmenso... ¡ el fuerte se corona de rayos; las embarcaciones vomitan fuego y un desgranamiento de descargas retumba en todos los ámbitos, fulminando en masa á los confiados insurgentes que contestan con gritos de pánico! Siguese otra descarga lanzada por las siete embarcaciones y el Castillo, — y ruedan montones de cadáveres, aclarando las filas que al punto se rompen!...

Imposible era contestar, defenderse; estaban á merced de sus enemigos!.. ¡ Fué uno de esos instantes de pánico que todos los soldados del mundo conocen y en que nada pueden la disciplina, ni los jefes, ni la misma conveniencia!.. ¡ Plena dispersión!

En esos conflictos, el hombre ante el peligro es puesto á la bestia desbozalada que echa á correr libremente y, lo que es peor, comunica á los otros su transformación...

Los insurgentes en aquella celada mortífera se bandaron al instante en las tinieblas, sin saber cómo dirigirse!

Sólo hubo un hombre que no se desmoralizó, por el contrario, adivinando que aquella fuga desastrosa era peor mil veces que recibir á pie firme las cargas, y conociendo que el mal podía disminuirse una retirada en orden, corre más ligero que todos, á tirarse en el suelo, en el estrecho espacio por donde desembocaron primero, obstruyendo el paso con el cuerpo, gritando con toda su estentórea voz:

— ¡No corran, no corran! ¡ Los cobardes, que se tiran sobre mí! ¡ Soy su general!

Entonces se detienen ante el cuerpo de su jefe, quien, aprovechando ese respiro, los forma en columna, llama, gritando, á los demás, y constituye un pelotón que hace fuego sobre una masa de realistas que al verse cargada se precipitaba, no creyendo encontrar resistencia.

Los cadáveres enemigos ruedan á su vez... Este espectáculo da ánimo á los insurgentes, y contienen á los realistas, retroceden un instante... Hay confusión, gritos, pánico por ambas partes, entre las sombras.

— ¡ Ven, muchachos?... ¡ Ahora ellos son los que corren!... ¡ Á sus puestos! ¡ Á sus puestos!... Morelos continúa alentando las tropas con un ejemplo de heroísmo.

Y al fin, el héroe, con los más serenos y valientes, cubre la retirada en orden hasta que retroceden hacia su primera posición *de la Iguana*.

Semejante rota le hizo reflexionar con más calma, conteniendo su natural ardor agresivo y considerando que era imposible apoderarse de una plaza como Acapulco, cuyo castillo estuvo luego batiendo con un obús y tres cañones, y, falto de artillería mejor, y temiendo las fuerzas que le sitiarian pronto, inmovilizándole, dejó á Julián Ávila, y á los Galeana en la Sabana, mientras él, enfermo, se retiraba á Tecpan.

El jefe realista Cosío, que venía por la Costa en busca de auxilio de Acapulco, hostilizó las posiciones insurgentes sin poder ocuparlas, librándose combates parciales y escaramuzas entre la Sierra, entre las guerrillas insurgentes que expedicionaban en demanda de víveres, y los realistas, hasta que habiendo recuperado Morelos su salud volvió á dar calor á la contienda.

Resuelve entonces, sin abandonar sus posiciones de la Sabana y el Veladero, dirigirse al corazón de las montañas, hacia Chilpancingo y Tixtla, para dominar las Sierras, — enormes fortificaciones inexpugnables, castillos de águilas, de donde éstas saldrán á la guerra de la libertad, desparramándose por los vastos horizontes de la patria!

Deja en el Veladero á su fiel Ávila con buena parte de las fuerzas más antiguas, algunas provisiones y algunos valientes compañeros, á quienes ordena exploren la costa y el Norte en pequeñas correrías, girando en torno de su posición para no comprometerse, y él, con el Niño y trescientos hombres, se interna, audaz, por entre abismos y colosales despeñaderos, entre tortuosas y profundas barrancas, bajo las eternas selvas surianas...

